

LA VERDAD

DIARIO MONARQUICO.

AÑO IV.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes, 1 peseta 75 céntimos; tres meses, 4'50.—En el resto de España: tres meses, 5 pesetas.—Extranjero: seis meses, 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem, 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año, 50 idem.—PAgo ADELANTADO.

SANTANDER

Miércoles 24 de Noviembre de 1886.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y gaceti-lla, 0'25 céntimos de peseta línea.—Tercera plana, 10 idem de idem.—Cuarta plana, 5 idem de idem.—Comu-nicados, 0'25 idem de idem línea.—Papeletas de defun-cion, 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

NÚM. 1.150.

Se suscribe en la Administracion, Santander, calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino.

El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranzas del Giro mú-tuo ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico, calle del Puente, número 16.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Autorizado por la Administracion de este periódico ha salido de esta ciudad un comisionado con el objeto de hacer efectivas cantidades que se adeudan á la misma.

Rogamos á nuestros suscritores que están en descubierto con esta Administracion, entreguen á dicho comisionado las cantidades que adeuden, exigiendo al mismo el recibo correspondiente firmado y sellado.

Boletín Religioso

Santo de hoy.—San Juan de la Cruz, cf., san Crisóstomo y santas Flora y María, mrs.

LA VERDAD

Santander 24 de Noviembre de 1886.

Pisto político

La verdad; no sabemos qué juicio formar del discurso del Sr. Duque de Tetuan.

No nos atrevemos á juzgar por él si hay ó no disidencia entre el Duque y el señor Sagasta.

Y no se crea que á nosotros nos importa un comino el saberlo, no; sino que despues de tanto oír hablar de disidencia nos acostumbramos á considerar como disidente al Duque, y nos cuesta trabajo creer que no lo sea.

Y como en su discurso hay algunos ataques claros y transparentes, aunque con salvedades, al Sr. Sagasta, todavía no nos hemos convencido de que no existe la disidencia.

O de que sea solo una discrepancia, como dice *El Imparcial*.

La prensa ministerial nos deja en las mismas dudas, y no nos dice si el Duque es ó no disidente.

Digo, sí; dicen que lo es, y que no lo es;

cosa que parece imposible, pero que tratándose de liberales se explica perfectamente.

Abrimos un periódico ministerial, *El Correo*, de Ferreras, y nos dice lo siguiente:

«El discurso del señor duque de Tetuan en el Senado, recogiendo las alusiones de que ha sido objeto, es hoy lo que más ha fijado la atención de la gente política, porque se ha creído generalmente, en nuestro concepto con fundamento, que el discurso resulta de bastante oposicion al gobierno, aparte de los conceptos, por salir de labios de una persona tan caracterizada de la mayoría.»

Con que hay disidencia; ó discrepancia si *El Imparcial* pone mucho empeño en que sea esto último.

El Correo, que lo que le falta de lince le sobra de ingénuo, lo habrá oído decir así en las cocinas ministeriales, y segun lo oyó contar, así se lo cuenta al público.

Si *El Correo* no tuviera otros títulos á nuestro aprecio, eso solo bastaria para que le concediéramos nuestro cariño, y para que le dispensáramos sus defectos, los de escribirse en mangas de camisa, y no meterse en literaturas en dias de lluvia, inclusive.

Conque apuntemos al discurso del señor duque de Tetuan entre los de oposicion.

Y pongamos como testigo del caso, al ministerial periódico *El Correo*.

Pero hé aquí que *La Iberia*, periódico tan ministerial como *El Correo* nos dice lo siguiente:

«El señor duque de Tetuan ha desvanecido en su discurso de esta tarde las esperanzas que algunos acariciaron respecto á determinadas inclinaciones que se le atribuían.

«Se ha declarado tan amigo del gobierno como ha sido siempre, y defensor consecuente de los principios del partido liberal, añadiendo que si en algun punto su opinion personal pudiera disentir de la del gabinete, esto no le ofrecia en ningun caso fundamento para determinar disidencias ni mucho menos enemistades.»

Y aquí empiezan nuestras dudas y cavilaciones.

¿Fué ó no discurso de oposicion el discurso del duque de Tetuan?

Segun *El Correo*, sí.

Segun *La Iberia*, no.

O como si dijéramos segun la prensa ministerial, sí, y no.

Nos gustan á nosotros los ministeriales

por lo acordes que andan en sus opiniones.

Y por lo que *disienten y discrepan*.

En fin, allá ellos.

¡Ah! valga lo que valiere, allá vá esta noticia.

El señor Gullon y otros *disidentes* han felicitado, segun dicen, al duque de Tetuan.

Vamos creyendo que tiene razon *El Correo*.

Dice *El Estandarte*:

«Los barruntos son de un riguroso invierno. Las chochas llegan en gran número, precurso- ras del mal tiempo, y hay tan poco que hacer en el campo de la política, que muchos de los que en ella se mueven hacen planes para buscar en el ejercicio de la caza y en las diversiones cine- géticas aliciente mejor que el de pasar horas y horas en las Cámaras dando bostezo tras bostezo. »Por eso decia esta tarde un diputado aficio- nado á la escopeta, á quien preguntaban:

—¿Qué tal está la situacion?

—La situacion está de chochas.»

Sí; sobre todo si la situacion tuviera pan para satisfacer su hambre.

Entonces podria suceder que se permiti- era el lujo de pedir chochas.

Y aun pudiera suceder que no las pidiera que en eso no nos metemos.

Pero sí en que los pueblos gimen vícti- más del hambre; en que en el mismo Madrid se ha recogido en la calle á alguien que *moria de hambre*; y en que mientras la mísera nacion padece esta triste desven- tura, sus representantes se entretienen en representar comedias, que si por una parte hacen reír, cuando se miran á través de las necesidades del país causan asco, ru- bor ó indignacion.

¿Cuándo concluirá tanta farsa?

¿Y cuándo los pueblos gozarán de un go- bierno paternal que le proteja y socorra, y mire por la prosperidad de sus intereses?

Leemos:

«Los generales Negrete y García de la Cade- na se encuentran en la prision militar de Santiago Tlatelolco, adonde serán juzgados por sedicio- sos. ¿Hasta cuando acabará en Méjico *la manía de los pronunciamientos*.»

Hermanos nuestros son los mejicanos. Y al mismo tiempo que alcanzaron su *libertad* emancipándose de la madre patria, se introdujo en España el maldito libera- lismo.

Y á un mismo tiempo empezaron en uno y otro país los motines y pronunciamientos.

Tienen las mismas causas.

Justo es que padezcan los mismos desas- trosos efectos.

Dice *El Imparcial*:

«El Sr. Rojo Arias ha llamado al grupo de los disidentes «el grupo de *La Regencia*,» y dice este apreciable colega:

«Es mucho honor para nosotros dar nombre á un grupo de senadores ó diputados.

Pero aspiramos á más todavía.

Quisiéramos ser representantes de una mayo- ría unida y entusiasta.»

Mucho camino va á tener que andar *La Regencia*.

Pero al fin así se llega á todas partes.

Andando, andando...»

Llegará á encontrarse con D. Manuel. Unos vienen y otros van. Y se tropezarán en el camino.

¡Qué bravos, pero qué bravos son los so- cialistas!

Valiente, morrocotudo y fenomenal es- cándalo el que han armado en el último meeting celebrado en Madrid.

Con decir á Vds. que ni *El Progreso*, ni *Las Dominicales*, ni otros periódicos *ejus- dem furfuris* se libraron de las iras socia- listas...

Y refiriéndose á redactores de esos peri- ódicos dijeron que tenían «la epidermis cu- bierta de una costra de inmundicia.»

¡Qué locos de socialistas!

¡Y qué verdades dicen *aliquando!*

En fin; como locos.

«Durante el mando de los conservadores, dice un *orador* socialista, se coligaron los jefes de los distintos partidos liberales para acudir á las elecciones municipales.

Todos los jefes fueron elegidos conceja- les; y qué hicieron para remediar los ma- les del pueblo?

Nada, absolutamente nada...

No hagais caso, dice el orador para con- cluir, de los discursos de Salmeron y Por- tuondo, porque os engañan.»

Repetimos lo que hemos dicho antes.

Los socialistas dicen algunas veces y por casualidad grandes verdades.

pagar, bajo pena de arresto, la cantidad de diez millones.

Al bajar la escalera del tribunal, M. Heury detuvo á Pouhans y le dijo:

«No os alarmeis, señor duque; me he visto obligado á reclamar contra la sociedad, pero confío siempre en la rectitud de vuestro carácter. Por lo demás, ya están cumplidas las formalida- des y no queda que hacer mas que notificar el fallo. Terminarémos en seguida nuestro arreglo amistosamente.

Vino en efecto al dia siguiente la notificacion del fallo, seguida de un mandamiento en regla para pagar el importe de la condena.

Veinticuatro horas despues, probablemente tambien por pura formalidad, recibió M. de Pou- hans un nuevo requerimiento. A pesar de las se- guridades de su acreedor, se inquietó y salió pa- ra consultar.

Sobre el umbral de su puerta tropezó con dos hombres de mala catadura que le preguntaron por el domicilio de M. de Pouhans, gerente de Banco del trabajo.

empeñado más que la responsabilidad de la Orden y que su firma no tendria para él consecuencia alguna.

No tanto para consultarles cuanto para anun- ciar las diligencias y la reclamacion, trató de ver á los maestros de la franc-masonería. Baugé, despues de haberle hecho esperar cerca de una hora, le tranquilizó y lo envió á Nasso.

Nasso estaba ausente, y Pouhans fué á ver al abogado de su consejo.

En el fondo no conocia el gerente la situacion de sus negocios. Tranquilo sobre el porvenir con la simulada venta que habia hecho de sus bienes, dejóse llevar. Trajante legajos de papeles y los firmaba entregándose enteramente á su cajero cuya destreza le habian ponderado.

Su abogado le acompañó á casa de M. Heury con un proyecto de transaccion. Escuchólos el banquero con su acostumbrada amabilidad, se escusó del rigor que le imponia el código, mos- tró las más conciliadoras disposiciones y los des- pidió con vagas promesas.

No por eso dejó de ser condenado Pouhans á

—He comprado en la Vilette, en el arrabal de San Antonio y en el camino de Italia.

—Me parece que debáis haberlos elegido en el centro de París.

—Para los establecimientos populares el sitio estaba marcado en los barrios que habita el pue- blo. La sola compra del suelo en el corazon de París hubiera costado veinte millones.

Mi capital social habria sido absorbido solo en esto.

—Cuánto os han costado, entonces, las com- pras?

—Muy caras; sabíase que era el mandatario de una sociedad, he tenido que luchar con pre- cios excesivamente altos, y no encontraba sin difi- cultad emplazamientos bastante extensos.

—Cuál es su extension?

—Para decirla con precision necesitaría los libros. Hay muchas hectáreas.

—Cuántas, poco más ó ménos.

—Creo que cuatro ó cinco.

—A razon de cincuenta francos el metro, di- LOS AMIGOS DEL PUEBLO.—T. IV. 50

